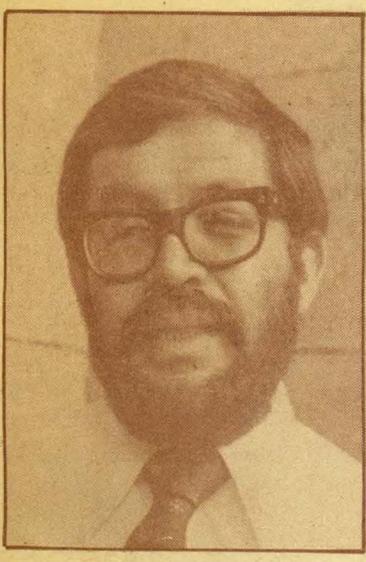


¿Los Hay Acaso?

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Don Ernesto Corripio Ahumada decidió (hago una metáfora, por supuesto) jugar a las rondas infantiles y está tira que tira de los brazos a votantes mexicanos, a quienes busca retener el Partido Socialista Unificado de México. "¡A que te quito un alma!", anuncia desafiante el cardenal; "¡a que no!", responde también retador el PSUM, auxiliado por algunos obispos que no lo considera, como Corripio, el vivo demonio.

Pudiera decirse que se ha iniciado, en verdad, una disputa por los votos católicos en México, dada la proximidad de las elecciones. Se trata de una contienda extraña, porque no participan en ella, como en toda lid electoral, dos partidos,

sino que de un lado está el PSUM (los otros partidos marxistas se limitan a contemplar la escena) y de otro lado una fracción importante, mayoritaria, dominante, de la Iglesia mexicana. El PSUM alega que nada obsta para que los católicos sufraguen en favor de un partido socialista, pues hay antecedentes doctrinales al respecto, por un lado y, por otro, reitera que los tiempos de un izquierdismo faccioso y jacobino fueron superados ya. Corripio, que de tanto en tanto abandona su aspecto de canónigo virreinal desasido de las cosas terrenas para ocuparse de ellas, dictamina a su vez que votar por los marxistas pone en riesgo la fe de los cristianos.

Opino, con el PSUM y algunos obispos, que falta razón a Corripio, y que por consecuencia los católicos pueden votar por quien deseen, incluso por consiguiente el propio partido socialista u otro de corte análogo, si lo hay. Pero, ¿y si se tratara de una falsa polémica? ¿Y si la Iglesia tiene poco que ver con la determinación del voto de sus fieles? Y, más radicalmente todavía, ¿si no hubiera en realidad cristianos en México cuyo sufragio fuera apetecible disputar?

Es torpe, en apariencia, el último planteamiento del párrafo anterior. ¿Por qué preguntarnos si hay cristianos en México? El censo informa enfáticamente que todavía más del noventa por ciento declara serlo. Y las estadísticas parroquiales, en caso de que las hubiera, denunciarían que la práctica del bautizo, que es la forma sacramental y jurídica de ser miembro de la Iglesia, sigue siendo abundante, y hasta la realizan no pocos descreídos, ya sea por presión social o por las dudas. Sin embargo de ello, sostenemos la pregunta. Y hasta aventuraríamos, para responderla, la hipótesis de que, contrariamente a la creencia general, casi no hay cristianos en México y que ésta no es, por consiguiente, una nación católica, hija predilecta de la Virgen, que no hizo igual con ningún otro pueblo.

Me refiero, naturalmente, a la esencia del cristianismo, cuya profesión es lo único que permitiría con validez dar el apelativo de cristiano a quien lo reclamara para sí. En la médula misma del cristianismo están insertas las ideas clave de amor fraterno, igualitarismo, solidaridad, desprendimiento, todo en suma lo que procede del hecho central de que Cristo vivió, murió y resucitó por sus hermanos, a todos los cuales amó por parejo.

No es preciso realizar una indagación sociológica para afirmar que el ateísmo práctico, el que ignora a Dios en la vida concreta de todos los días es la religión —si se vale el aparente contrasentido— dominante en México. De ser el nuestro un país donde vivieran en efecto una mayoría de cristianos, de católicos, no aparecerían entre nosotros las pústulas de injusticia, de corrupción, de mentira que tanto afectan a nuestro cuerpo

social. Una sociedad que mata de hambre o de desnutrición a sus hijos todavía en una amplia proporción, no merece llamarse católica, menos que deseemos jugar con las palabras y privarlas de su recto y cabal significado.

Pero no vayamos tan lejos. Quedémonos en la superficie misma del asunto. Examinemos lo que concierne a prácticas religiosas relacionadas con lo económico. No puede haber una comunidad cristiana si está herida de muerte por la simonía, es decir el tráfico con las cosas divinas. Vaya usted, si no lo cree, cualquier día a la basílica de Guadalupe. Observe cómo se comercia con los juramentos para no beber y con los permisos para dejar sin vigor, temporalmente, la formal promesa de abstinencia. Vea usted cómo se industrializa la impartición de los sacramentos, ejercicio cuya única emoción (aparte la que ponen los protagonistas, generalmente personas sencillas y crédulas), en los ministros y sus ayudantes ocurre cuando se acata el exigente apremio de la paga.

En un libro editado hace diez años, y que hoy debe ser revalorado, no sólo por la coyuntura electoral que involucra a los cristianos, sino por la crisis económica general (La Iglesia contra la pared), el dominico Tomás Gerardo Allaz informa: "Más allá de lo que salta a la vista, hemos comprobado que el número de niños que deben a su pobreza el no recibir la eucaristía es realmente increíble, aun en zonas en que la fe y la religiosidad llegan casi al fanatismo. Las tarifas eclesíásticas impuestas por el episcopado, las despiadadas vejaciones con quienes solicitan el ceremonial más barato, las costumbres familiares y sociales, fomentadas por el propio clero, así como la dignidad de los humildes, (que les lleva a ocultar la hondura de su penuria y les impide revelarla aun al párroco) la falta de ropa y zapatos u otros factores del mismo orden, apartan de la comunión a gran número de niños del proletariado y de la clase media. Lo mismo sucede, y todavía en mucho mayor escala, con el matrimonio religioso". ¿Puede decirse, a la vista de estas consideraciones, que sea cristiana una sociedad cuya organización eclesíástica veda por razones económicas el acceso a los sacramentos, que los católicos estiman medios para la perfección y crecimiento espiritual? Con razón Henri Fesquet, durante largos años cronista religioso de *Le Monde* pudo llamar a la de América Latina "Una Iglesia en pecado mortal".

Pero, admitiendo sin conceder que pueden ser llamados católicos quienes lo son jurídicamente aunque no lo sean éticamente, subsiste la pregunta que en primer término formulamos: ¿hay un voto católico significativo? ¿Hay un sufragio que importe, determinado por la conciencia católica? Creemos que no. La propia superficialidad con que se vive la fe, en términos generales en nuestro país, dificulta que la religión sea norma de vida, y por lo tanto tampoco de vida cívica. Si los católicos votaran conforme a sus conciencias católicas, y si el proceso electoral se realizara conforme a las estipulaciones legales, el PRI no sería el partido mayoritario. ¿No lo fundó, acaso el gran perseguidor de los católicos, contra el cual se libró la cristiada? ¿No sus principios se alejan de la doctrina que algunos obispos juzgan propia de la dimensión social de la Iglesia? Serían el PAN y el PDM, conforme lo determinarían los obispos conservadores de nuestro Episcopado que forman la mayoría, los que resultarían partidos ganadores, porque es mayoritaria la confesión católica en el ámbito religioso.

Pero ya que no han podido hacer nunca votar por quien quisieran (Madero derroto a León de la Barra, candidato del Partido Católico) los obispos inmovilistas buscan, al menos, impedir que los católicos sufraguen en favor del PSUM, de los comunistas. Aparte de que interfieren así, de modo ilegal en política militante, lo hacen sin caridad y sin ánimo de redimir pecadores, sino de anatematizar herejes. Es propio, ese comportamiento, de una Iglesia triunfalista, en que son todavía excepción los clérigos capaces de vivir día con día el compromiso de pobreza y justicia que su fe les impone.